

conoce mejor renuncia á combatirlos y proclama la magnitud de su misión. Fueron en el pasado los elementos más seguros de la estabilidad moral de los pueblos. El porvenir los transformará seguramente, pero mientras el alma humana necesite esperanza, no podrán perecer.

CAPÍTULO V

Las luchas sociales.

Situado Stokolmo en esas regiones brumosas que los antiguos consideraban como los confines del mundo, es una ciudad de escasa reputación, que casi no se visita. Los guías dicen que recuerda á Venecia, pero los turistas no quedan muy persuadidos de la exactitud de esta comparación. Lanzan una mirada distraída á los puntos interesantes de la ciudad y continúan su viaje.

Stokolmo, sin embargo, conoció la celebridad durante algunos días. Los viajeros que la visitaron por entonces asistieron á un espectáculo que acaso volvamos á ver, pero que desde el origen del mundo nadie había visto.

La inédita visión que ofreció esta capital durante bastantes días fué un mundo donde las antiguas jerarquías se hallaban invertidas. El albañil, convertido en rentista y el gran señor realizando las funciones de albañil; ingenieros reemplazando á los conductores de tranvías, banqueros barriendo las calles, estudiantes descargando los barcos y graves magistrados ejerciendo la profesión útil, aunque sin brillo, de poceros. Contemplando este espectáculo con ojos asombrados, multitud de obreros ociosos vagaban por las calles y muelles.

¿Qué poder mágico obraba semejantes transformaciones? ¿Eran obra de esos genios sombríos que

según las leyendas escandinavas, pueblan la tierra, el cielo y los mares? Seguramente que no. Los genios no son bastante influyentes para trastornar hasta ese punto los pensamientos que nos dirigen, y el mismo Odín hubiera fracasado en esta empresa.

Más poderosa que ellos, una de esas fuerzas invisibles y soberanas que conducen al mundo había bastado para invertir en un instante jerarquías sociales y condiciones normales de la existencia.

Esta fuerza era la necesidad de la defensa social que había aparecido bruscamente á todos los ciudadanos. Ella sola podía bastar para modificar tan completamente sus almas é imponer la práctica inmediata de los oficios más duros.

Un sindicato internacional, orgulloso de su poder creciente, seguro de ser obedecido siempre por los trabajadores esclavizados, acababa, por una huelga general, de declarar la guerra á la sociedad. Todos comprendieron entonces que, so pena de ver perecer la patria, era urgente la defensa social contra las pretensiones de esos nuevos bárbaros.

Sin duda se podía, á pesar de lo absurdo de las exigencias sindicales, ceder como cedió en Francia un Presidente del Consejo en la primera huelga de los funcionarios de correos, pero esta pusilanimidad sólo hubiera conseguido retardar el peligro y acentuarle con nuevas huelgas en perspectiva, que engendrarían fatalmente la destrucción del comercio y de la industria y la sustitución de las clases superiores, creadoras de todo progreso, por las clases inferiores. La necesidad de la resistencia se imponía, y sin pedir nada al Estado, contando sólo con su iniciativa y su valor, la clase burguesa substituyó casi instantáneamente á la clase obrera.

Después de tres meses de lucha, la formidable

huelga fué vencida. Y lo fué á pesar de los esfuerzos desesperados del sindicato para reducir á la sociedad y esclavizarla bajo su yugo.

Con esta defensa valerosa, Suecia hizo un servicio inmenso á la civilización, pues enseñó á las clases directoras, cuya resistencia en otros países es tan débil, cómo debe defenderse.

Demostrando á una multitud de humanitaristas obtusos con qué peligros nos amenaza el socialismo, esta huelga tuvo una utilidad incontestable. Un importante periódico sueco escribía que «su resultado más tangible ha sido unir en un bloque compacto todos los elementos no socialistas, es decir, las cinco sextas partes del país, alzadas con todas sus energías contra el peligro socialista.»

La defensa no fué posible sino gracias á la cohesión admirable de los sindicatos patronales, tan poco unidos en Francia, y á la simpatía de la opinión pública.

Fué favorecida también porque la mayoría de los burgueses había recibido esta preciosa educación manual que enseña á servirse de las manos, educación que les permiten cuando habitan en campos lejanos, realizar una multitud de pequeños trabajos urgentes: limar, serrar, soldar, forjar, etc. Tal enseñanza debía formar parte de toda educación. Desgraciadamente no podemos pedirla á nuestra Universidad.

Hay que considerar también que en Suecia la burguesía no tiene ese carácter resignado y cobarde tan común en Francia y que facilita su despojo, sin otra protesta que hueros discursos. Si no procura asociarse para defenderse, la burguesía francesa llegará pronto á ser completamente expoliada y desaparecerá después.

Vivimos en una época—decía recientemente M. S. Lauzanne—en la que frente al Estado no sirve mostrarse elocuente, humillado ó enternecedor; hay que mostrarse fuerte. Mirad lo que los obreros obtienen todos los días, y es porque están unidos y son poderosos y rudos. Mirad, por el contrario, cómo cada vez se trata peor á los burgueses, á los industriales y á los comerciantes; es que están divididos y son tímidos y blandos. Pertenecen á lo que un expresidente de los Estados Unidos llamaba «tipo blando.»

..

Estas tentativas de huelga general, las sublevaciones de los empleados, como la de los carteros, los pronunciamientos militares en Grecia, etc., pueden parecer originadas por causas diversas. En realidad, son fenómenos semejantes, resultados de una misma psicología comprobada por la Historia en todos los pueblos, en todas las épocas.

Esta ley puede formularse así: Cada vez que en una sociedad una clase cualquiera ve por el motivo que sea disminuir su influencia, tiende en seguida á hacerse preponderante y á dominar á las otras.

La preponderancia inicial que precede á la absorción final se produce en cuanto los diversos elementos constitutivos de la vida social cesan de equilibrarse. La vida de un pueblo, como la de un individuo, sólo puede mantenerse por el equilibrio de las fuerzas en presencia. La perturbación de este equilibrio es la enfermedad y la persistencia de esta perturbación, la muerte. Existen enfermedades sociales comparables á las enfermedades individuales. Un tratado de patología social completo formaría seguramente un gran volumen. Pero así como son innumerables los empíricos que propo-

nen remedios para esas enfermedades, son muy pocos los sabios capaces de determinar su génesis.

Basta echar una ojeada sobre la Historia, para comprender esta ley, de la tendencia constante á dominar unas clases sociales por otra preponderante. Roma, que dominó al mundo con sus ejércitos, terminó por sufrirlos por amos, en cuanto el poder del Senado, que mantenía el equilibrio, fué aniquilado por los emperadores. Al final del imperio, únicamente los soldados tenían el poder de crear los Césares.

La misma acción absorbente ha sido ejercida más tarde por elementos sociales diversos que se han hecho demasiado preponderantes: señores feudales, clero, monarquía, etc. El exceso mismo de su preponderancia, rompiendo, con el aniquilamiento de las clases antagónicas, el equilibrio que les era necesario, determinó su pérdida. La monarquía francesa pereció por no haber comprendido la importancia de este equilibrio.

Es, pues, un principio político primordial el mantener siempre la balanza entre los diversos elementos de una sociedad, y por consiguiente, no favorecer la extensión de uno á costa de los otros.

Si la monarquía pereció por haber desconocido esta ley, nuestra república perecerá también por continuar desconociéndola. Bastaría que dejara á los poderes nuevos, Confederación del Trabajo, Sindicatos de empleados, etc., adquirir demasiada influencia. El que ejerce tal papel se convierte pronto en único amo.

Esta ley general se observa siempre, y de ella hemos visto una prueba notable en Grecia, en donde se dió demasiada importancia á una clase de ofi-

ciales que acabó por establecer una verdadera dictadura militar.

Las huera palabras humanitarias, las constantes capitulaciones ante las revueltas, resultan inútiles. Estamos ahora en presencia de enemigos cuyo programa de destrucción es absolutamente claro y de los cuales no se puede esperar gracia, en caso de derrota.

«El sindicalismo revolucionario—dice uno de sus escritores—se ha colocado resueltamente frente al ejército y á la patria.» Y en un discurso reciente, un diputado socialista de París «ha presentado como ejemplo á los jóvenes llamados al servicio militar la conducta de los obreros de Barcelona, que se han negado á responder á la orden de movilización y que se han sublevado contra la autoridad militar».

Esto es la guerra vigorosamente declarada al orden social por los agitadores de la clase obrera, cuya bandera roja es seguida por cierto número de diputados y muchos funcionarios y maestros. Pactar con ellos, como lo hacen algunos burgueses ricos que esperan enternecer á los que consideran como sus futuros vencedores, demuestra muy pobre psicología. Todas esas debilidades cobardes y vergonzosas sólo sirven para aumentar la audacia de los asaltantes. Tales luchas no tienen otra alternativa que vencer ó morir. Ceder no evitará la derrota y engendrará, además de la ruina, la vergüenza en el presente y el desprecio de nuestros hijos en el porvenir.

Nada sirve, pues, continuar encubriendo su miedo bajo discursos hipócritamente filantrópicos en

los que no creen ni los que los pronuncian ni los que los oyen.

La táctica actual de los socialistas revolucionarios es muy sencilla: consiste en amenazar continuamente y obtenerlo todo por la coacción. Ya he dicho en otro capítulo que el miedo que inspiran constituye uno de los más poderosos factores psicológicos de las decisiones del Parlamento.

Las medidas de todas clases que obligan adoptar los socialistas son fatales. Suponen principalmente la próxima ruina de nuestra hacienda. Pero ¿quién se interesa hoy por esa quiebra, en apariencia tan lejana, y en realidad tan próxima?

Sin embargo, se pueden observar en cada momento las consecuencias de leyes votadas bajo la presión de los anarquistas y de los colectivistas. La famosa incautación del ferrocarril del Oeste, efectuada á pesar de la opinión casi unánime de las Cámaras de Comercio, y que debía, según sus promotores, crear una era de prosperidad, ha producido resultados desastrosos. M. Doumer ha demostrado que el déficit de esta línea ha sido de 31 millones en 1909 y será de 50 en 1910. Por otra parte, la ruina es la consecuencia general para todas las industrias privadas que pasan á manos del Estado, y ya hemos explicado sus causas y la de la falta de responsabilidad de los empleados, indiferencia completa de los funcionarios para una buena gestión, etc.

Las pérdidas causadas por teóricos dominados por su quimera aumentan de día en día. La incautación del ferrocarril del Oeste ha demostrado una vez más su funesto influjo. Con la esperanza de satisfacer el fanatismo de algunos colectivistas, y sin que nadie consiga en ello ningún beneficio, el Es-

tado se ha creado un gasto anual de 50 millones, y que, según los cálculos del senador Boudenoot, representará dentro de diez años una pérdida total de 1.000 millones.

Pero eso no es sino el comienzo. Bajo la influencia de las ideas que gobiernan al Parlamento, el déficit aumentará rápidamente.

No hablemos de leyes no formuladas, aunque figuren en la lista de las reformas socialistas, como el monopolio de la enseñanza, que, según los cálculos más moderados, exigiría un gasto anual superior á 150 millones.

Se tenía la esperanza secreta de poder aplicar á esta reforma una parte del famoso millar de millones de las congregaciones, sin prever que hoy día no quedara casi nada—excepto en las manos de los leguleyos—de esta gigantesca expoliación.

Una vez en el camino de las expoliaciones autócratas, no es fácil detenerse. Muchas leyes recientes constituyen, en forma de medidas humanitarias, verdaderas leyes expoliadoras. Ningún jurista podría calificar de otro modo la ley que obligó á las Compañías de ferrocarriles, que pagaban ya retiros elevados á sus obreros—2.400 francos anuales para los mecánicos—á aumentarlos más todavía. Solamente para el París-Lyon-Mediterrannée, el aumento anual de los gastos supone 10 millones próximamente. Es decir, 10 millones que anualmente se despojan á esta Compañía, es decir, á sus accionistas.

Para conseguir esta ley expoliadora bastó á los sindicatos con amenazar con una huelga, y como siempre, el Parlamento cedió. Sería cándido contar con él para asegurar la defensa social.

Los obreros de las Compañías viendo la docilidad con que se les obedecía, se reunieron á fin de ela-

borar un nuevo proyecto de ley destinado á obtener, bajo amenaza de huelga, aumento de los sueldos. La cifra total de estos aumentos se elevaría, según su propio cálculo, á 80 millones para todas las Compañías de ferrocarriles. Eso es lo que ellos llaman «hundir con un topetazo la caja de caudales capitalista».

Es interesante calcular lo que la nueva expropiación costará á las Compañías. Tomemos por ejemplo la más importante, la que pasa por ser la mejor administrada, la París-Lyon-Mediterraneé. Su parte contributiva exigiría un gasto anual de 25 millones, que divididos por las 800.000 acciones de la Compañía, corresponderían 31,25 francos á cada una.

El accionista, en vez de cobrar como hoy 56 francos, no cobraría sino 24,75, ó sea mucho menos de la mitad de su antigua renta anual. Es inútil contar sobre la garantía de interés del Estado, pues expira para esta Compañía en 1914.

Naturalmente, los socialistas se regocijarán de la pérdida sufrida por los accionistas, sin tener en cuenta que éstos son á veces antiguos obreros ó modestos empleados que han tardado muchos años en economizar la cantidad necesaria para comprar una acción.

Que esos accionistas aprendan á defenderse, que tengan bastante iniciativa para provocar cuando llegue el momento un movimiento de opinión, reuniones públicas, y sobre todo, hallar diputados influyentes para proteger sus haciendas, tan dura y cercanamente amenazadas.

Habría que bendecir todas estas amenazas de ruina si sirvieran para estimular la apatía de nuestra burguesía.

Nuestros actos visibles son generalmente consecuencia de las fuerzas invisibles que nos gobiernan, que no conocemos ordinariamente más que por sus efectos. Sin embargo, inspiran no sólo nuestros actos, sino también las razones imaginadas después para explicarlos.

Esta ley se aplica sobre todo á los espíritus que sólo poseen convicciones sentimentales. Los hombres políticos que no tienen otras no pueden dejar de someterse á su acción.

Los motivos dados por ellos para justificar su conducta difieren mucho, generalmente, de los que les han inspirado. Estos últimos permanecen ignorados porque son elaborados en la región oscura de lo inconsciente.

Los principios directores de los sabios de una generación no son nunca muy numerosos. Los que guían á los hombres políticos de una época no lo son más.

Buscando los factores de los actos de nuestros gobernantes desde hace treinta años, se descubren los tres siguientes, dominando á todos los demás, aunque no sean declarados: 1.º, un miedo intenso de los electores; 2.º, la creencia de que, para agradecerles, es necesario perseguir vigorosamente á las minorías, aunque comprenda categorías enteras de ciudadanos; 3.º, la influencia de las doctrinas colectivistas.

Demostremos ahora con ejemplos la acción de estos tres factores.

En lo que se refiere al miedo, ya he consagrado un capítulo á sus efectos. Nadie pretenderá, creo, discutir su enorme influencia. Su papel, visible en la elaboración de la mayoría de las leyes recientes, se ha manifestado en gran escala durante la primera

huelga de carteros, en la que se vió á los ministros y al Parlamento ceder, inclinándose profundamente á las amenazas injuriosas de funcionarios rebeldes.

El segundo de los factores mencionados, el espíritu de persecución, es igualmente muy aparente para tener necesidad de ser demostrado. Persecuciones de todas clases constituyeron el apoyo principal de la mayoría de los ministerios que se han sucedido.

«Waldeck-Rousseau—escribía recientemente un periódico importante—ha vivido tres años con la ley contra las congregaciones; Combes ha vivido otro tanto con la clausura de las escuelas y la expulsión de los frailes, y Rouvier con la ley de separación de la Iglesia y el Estado. Se ha esperado calmar la excitación popular dándola, como pasto, los bienes de las fábricas y de las iglesias.»

De los tres factores políticos mencionados anteriormente, el último, la influencia colectivista, realiza, como ya lo he demostrado, una influencia de lo más activa. Por sugestión, repetición y contagio, las teorías colectivistas han llegado á constituir una religión con dogmas más intolerantes que las creencias antiguas. Los mismos que no las aceptan están muy impregnados de ellos y apenas se atreven á combatirlos. Asistimos á una reedición de los principios del cristianismo, cuando, ya muy extendido, no había triunfado completamente.

La influencia colectivista ha inspirado muchas leyes desastrosas, como esa incautación ruinosa del ferrocarril del Oeste, de la que ya he hablado. Para halagar á los colectivistas, muchos radicales la habían hecho figurar en sus programas, y esta razón únicamente les impulsó á votarla, sin inquietarse por las consecuencias de una operación semejante,

consecuencias previstas por todos los economistas y que no tardaron en realizarse.

Son igualmente hijas de las teorías colectivistas y del vago humanitarismo que utilizan como sostén, muchas leyes cuyos resultados han sido, como se ha visto en otro capítulo, desorganizar profundamente, tanto nuestras creencias morales como nuestro comercio, nuestra marina y nuestra industria. Tal, por ejemplo, fué la reglamentación del trabajo en las fábricas que al suprimir el aprendizaje transformó en apaches una multitud de ex aprendices sin ocupación.

Mientras las personas ilustradas de las clases directoras persistan en el desaliento ó indiferencia tan profundos para la suerte que les amenaza, los factores políticos enumerados anteriormente continuarán influyendo con regularidad y constancia.

Vamos á ver pronto las consecuencias de esa influencia en la ley siniestra del impuesto sobre la riqueza, basado en la inquisición fiscal. Votado en la Cámara por una mayoría aplastante, pero humillante, es discutido ahora en el Senado. De su aprobación depende, seguramente, la duración del régimen republicano. Francia ha soportado muchas tiranías, pero la inquisición burocrática con que se la amenaza sería demasiado vejatoria para tolerarla mucho tiempo.

Nadie ignora que la desgravación anunciada, á favor de ciertas categorías de ciudadanos sería completamente insignificante y obtenida únicamente á costa de investigaciones intolerables en la vida privada.

Si es así ¿qué móviles impulsaron al Parlamento á votar una ley, cuyo resultado será desorganizar completamente nuestra hacienda, ya tan caduca?

Ya lo hemos dicho, pero no será inútil repetirlo.

Este voto tuvo varias causas psicológicas. Primeramente, la amenaza de las juntas electorales que, en su profunda ignorancia de las leyes económicas, se imaginaban que se puede hacer pesar todos los impuestos sobre una clase única de ciudadanos y desgravar totalmente á los demás. La inquisición fiscal, sin la cual la ley sería inejecutable, fué igualmente una causa de su éxito. Sabido es lo útil que podrá ser esa inquisición para las facciones políticas, sobre todo en las ciudades pequeñas, ya tan divididas. También se ven las indicaciones preciosas que daría á los colectivistas sobre la fortuna de los ciudadanos, y qué partido podrían sacar de ella los socialistas el día en que, á la cabeza de una mayoría suficiente, les fuera posible aplicar á los capitalistas, por un simple decreto, los procedimientos sumarios de expropiación empleados ya contra las congregaciones.

Las doctrinas colectivistas, el espíritu de persecución y el miedo fueron los generadores de esta ley. Así se hallan en su base los tres grandes factores de las convicciones políticas, cuyos efectos hemos estudiado precedentemente.

Nuestro porvenir depende de lo que piense, diga y haga la juventud que vemos crecer. La de ayer ha llegado á la vida social sobre un montón de ruinas. Ha contemplado el desvanecimiento de las creencias antiguas, la disgregación de las convenciones sociales del pasado, y no teniendo ideal que defender, viendo las jerarquías antiguas, la familia, la propiedad, la patria y el ejército combatidos fieramente, ha terminado por convencerse de la nulidad de todo esfuerzo. Tal persuasión debía conducir rápidamente á ese desgaste de los carac-

teres que hace soportar con resignación las persecuciones y las violencias.

Una actitud tan pasiva estimuló la audacia de revolucionarios atrevidos, sin tradiciones ni escrúpulos, que no piensan sino en el momento presente y no conciben otras fuentes de riqueza que el despojo de las fortunas penosamente adquiridas por otros. El fanatismo del mal se hace pronto muy poderoso cuando no se le opone el fanatismo del bien.

La juventud burguesa es todavía la aristocracia, porque la ciencia, la industria, la literatura y el arte continúan en sus manos, pero una aristocracia sin carácter acabará pronto. Muy refinada era la aristocracia romana al final del imperio, pero habiendo perdido toda energía moral, no supo resistir á la avidez de los bárbaros que poseían una voluntad fuerte.

Cuando las clases, antes directoras, se dejan dirigir se acercan á su fin.

A pesar de tantas apariencias en contrario, las luchas del porvenir no serán luchas económicas únicamente, sino también luchas de ideas, ó más bien de sentimientos engendrados por estas ideas.

Los sentimientos cuyo conjunto constituye el carácter de una nación, no cambian sino muy lentamente. Sin embargo, en el curso de los tiempos se les ha visto evolucionar varias veces. Así, por ejemplo, la educación, que continúa ejerciendo en Francia un papel tan perjudicial, ha conseguido, en menos de un siglo, dirigida por manos hábiles, transformar á Alemania. Los maestros de escuela no ganan las batallas, como se dice algunas veces, pero pueden crear la mentalidad que las hace perder. Modificar los sentimientos de un pueblo sería cambiar el curso de su historia.

CAPÍTULO VI

El fatalismo moderno y la disociación de las fatalidades.

Se presiente el destino de una generación por el estudio de las ideas directoras que orientan sus voluntades y determinan su conducta. Pero ¿dónde buscar estas ideas? No será seguramente en los actos de las multitudes, que poseen apetitos y no pensamientos. ¿Será en los intelectuales que escriben libros y pronuncian discursos? Estos no nos dan generalmente sino el reflejo de opiniones adoptadas para seducir á oyentes y lectores.

A pesar de la dificultad de apreciar claramente las ideas de una época, se puede formar una noción aproximada por la enseñanza de los maestros más ilustres.

Recientes discursos académicos, especialmente los de MM. Lavisse y Pierre Loti demuestran claramente las preocupaciones actuales de los maestros de la juventud.

Estos discursos no son consoladores, están dominados por un triste pesimismo. Lo que se lee en ellos, sobre todo, es la convicción de la inutilidad del esfuerzo, una resignación pasiva ante los acontecimientos, y la proclamación de la impotencia de la ciencia para aclarar los misterios que nos rodean. Un fatalismo sombrío invade en sus últimos años el alma de pensadores que, en la aurora de su actividad mental, estaban radiantes de esperanza.